

Ariel

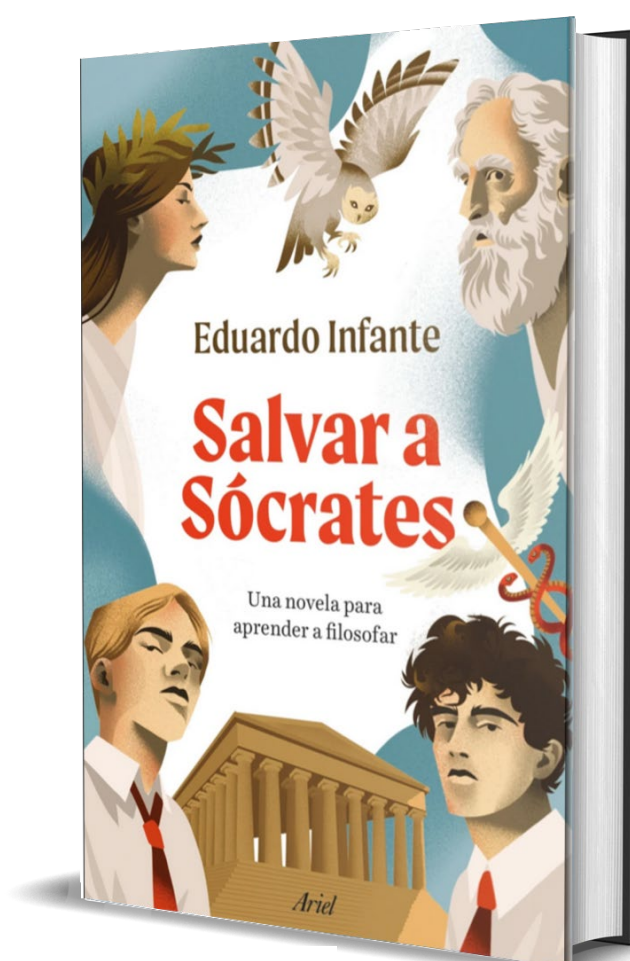
SALVAR A SÓCRATES

UNA NOVELA PARA APRENDER A FILOSOFAR

EDUARDO INFANTE

Una aventura épica y
luminosa donde dos
adolescentes, inicialmente
enfrentados, deben salvar
a Sócrates para rescatar la
verdad, la justicia y la
democracia... y
reconciliarse para
encontrarse a sí mismos.

**A LA VENTA
EL 11 DE MARZO**



AUTOR DISPONIBLE PARA ENTREVISTAS

PARA AMPLIAR INFORMACIÓN

Salvador Pulido | GABINETE COLABORADOR
647 393 183 | salvador@salvadorpulido.com

Laia Barreda | RESPONSABLE DE COMUNICACIÓN ÁREA DE ENSAYO
659 45 41 80 | laia.barreda@planeta.es

SINOPSIS

Una novela, un viaje en el tiempo, una defensa de la democracia y la libertad de pensamiento.

Alex y Jason, dos compañeros de clase enfrentados, son arrastrados por un misterioso *daemon* hasta la Atenas del siglo v a. C. Allí deberán salvar a Sócrates y frenar los planes de Ares, decidido a imponer un régimen autoritario, mientras Atenea lucha por mantener viva la democracia. Entre dioses, filósofos y peligros muy reales, descubrirán que proteger la verdad exige valentía... y que, al defender al maestro, también están defendiendo algo mucho mayor: el valor real de pensar y de elegir quién queremos ser.

Uniando aventura, humor y reflexión, esta novela luminosa invita a pensar críticamente nuestras decisiones, a reconocer la dignidad del otro y a descubrir que la autoridad de la palabra puede transformar más que la fuerza, y al mismo tiempo propone un modelo de convivencia basado en el cuestionamiento, el respeto y la responsabilidad compartida. Una lectura transformadora.

«Las armas de algunos son espadas. Las de otros, palabras. Si decides seguir ese camino, tendrás que ser valiente. Porque decir la verdad, a veces, es lo más peligroso. Pero también lo más necesario».

EL AUTOR

EDUARDO INFANTE ([@eledututor](#))

(Huelva, 1977) es filósofo y autor del superventas internacional *Filosofía en la calle*. Su trabajo parte de una convicción: la filosofía solo tiene sentido si sirve para pensar la vida y vivir el pensamiento. Por eso la entiende como un diálogo vivo, incómodo y exigente, capaz de sacudir certezas y obligarnos a responder por lo que creemos. Fiel al espíritu socrático, la practica allí donde haya una pregunta: en aulas y bares, en cárceles y bibliotecas, en ayuntamientos y empresas... y también en las redes sociales, donde desafía miles de lectores con sus populares #FiloRetos. *Salvar a Sócrates* prolonga esta apuesta por una filosofía práctica y se inscribe en un corpus ya icónico que incluye *Ética en la calle*, *No me tapes el sol* y *Aquiles en TikTok*, todos publicados en Ariel.



ALGUNOS EXTRACTOS

Alex y Jason

«A **Jason Miller** lo han educado para competir y ganar. Es atlético, inteligente, popular. Sus compañeros lo admiran, sus profesores lo adoran. No hay nadie que no lo quiera. Salvo él mismo, cuando se afeita en el espejo y solo ve imperfecciones en el rostro que a los demás les parece tan atractivo.

Capitán de los Spartans, el equipo de fútbol de la elitista academia Saint Xabier. Jason es el último eslabón de una cadena impecable. Su abuelo y su padre también llevaron el brazalete cuando estudiaban en la misma academia. El primero fue héroe de guerra y alcalde de la ciudad; el segundo es un empresario de éxito que se enorgullece de ser un hombre hecho a sí mismo, a quien la vida, según repite, nunca le regaló nada. El señor Miller está empecinado en que su hijo emule el legado familiar.

Pero hoy la rutina se rompe. Algo enorme se interpone entre Jason y el retrato de su abuelo: un chico tímido que lleva una mochila desgastada y pelo rizado, su nombre es **Alexandro Papadopoulos**. Alex es un estudiante becado que ha entrado en Saint Xabier no por su linaje ni por sus méritos académicos o deportivos, sino gracias a un programa de integración de inmigrantes puesto en marcha por el Departamento de Educación. Él no lo sabe, pero el destino les va a unir.

Alex quedó huérfano cuando era un bebé. Ahora Alex vive con sus tíos en la planta de arriba de un restaurante de comida griega. La señora Papadopoulos trabaja en cocina y el señor Papadopoulos en sala. El restaurante les da lo justo para ir saliendo adelante.

Alex habla inglés con un fuerte acento extranjero, viste un uniforme de segunda mano que le queda algo grande y desprende un fuerte olor a ajo. A que Alex se enjuaga la boca con insistencia, nunca consigue quitarse un persistente aliento del que se mofan sus compañeros de clase y que le ha valido el mote de “Cabeza de Ajo”».

Un demonio en el retrete

«La puerta del retrete chirría al abrirse. Alex da un paso atrás, instintivamente.

De allí sale un ser reptiliano que no llega al metro de altura. Está cubierto de escamas rojas, tiene una cola corta y nerviosa que se agita de lado a lado, y unos ojos inyectados en fuego que lo miran con desdén. Sus pies descalzos producen un sonido húmedo contra las baldosas.

Alex lanza un alarido [...].

—¿Qué demonios eres?

—[...] **Los daemones somos intermediarios entre los dioses y los mortales.** Grandes poetas como Homero y Hesíodo ya hablaban de nosotros. Somos una especie de genios protectores y guiamos hacia su destino a aquellos a quienes los dioses olímpicos designan. Mi última misión fue proteger y guiar a Sócrates. El gran Sócrates. Maestro de maestros. Aunque... viendo cómo acabó, igual no estuve muy fino [...]. Y no, nadie más puede verme. Solo tú. Los *daemones* solo nos comunicamos con el humano al que los dioses asignan. El resto ni nos ve ni nos oye. Lo siento, chaval, pero **estamos inseparablemente unidos hasta que cumplas con tu destino**».

Asamblea de dioses

«—Podéis sentaros —dice **Zeus** mirando de reojo a **Hera**, forzando una ironía que apenas disimula su incomodidad—. Hemos sido convocados por **Atenea** para decidir sobre la vida o la muerte de **Sócrates**. Que tome la palabra quien nos ha reunido. Que hable la diosa de la sabiduría y la democracia [...].

—Gracias, padre. Hoy se cometerá una injusticia contra el más justo de los hombres. Se le condenará no por sus actos, sino por las sucias maniobras de quienes temen su pensamiento. **Ares** ha movido sus fichas con precisión: ha manipulado voluntades, sembrado sospechas y allanado el camino hacia una condena que él mismo ha fabricado. Su plan no es castigar a un hombre, sino golpear el corazón mismo de la democracia. Si consigue que los ciudadanos usen la justicia como un instrumento de venganza política, podrá decir que el sistema ha fracasado, que la democracia se contradice, que es débil y que necesita ser superada. Entonces tendrá la excusa perfecta para destruirla desde dentro.

Hace una pausa. Pasea la vista por el rostro de cada dios como si analizara sus reacciones, calculando la mejor forma de continuar. Luego prosigue, midiendo cada palabra.

—Desde que inspiré a los atenienses a gobernarse sin amos ni reyes, mi hermano no ha cesado en su empeño de dismantelar este arte de vivir en libertad. Ares ama la guerra, sí, pero más aún el poder. Lo conocemos: se complace en doblegar a los mortales y en instaurar dirigentes autoritarios que lo veneren. Esto no es un capricho: es una jugada más en su estrategia. No vengo a quejarme, sino a exponer hechos. El juicio a Sócrates es una trampa. Y si no intervenimos, lo que caerá no será un hombre, sino la obra más digna de la razón, lo más divino que hemos dado a los mortales: la democracia.

Se vuelve hacia Ares con una mirada inquisidora.

—**Tú no quieres justicia. Quieres poder. Y para eso necesitas eliminar lo único que aún se te resiste: el pensamiento libre».**

Periodismo y libertad

«La directora Harris mira a Alex con seriedad, pero también con una calidez que nunca había visto antes en un profesor.

—Arendt decía que, **en un mundo donde mentir se ha vuelto norma, pensar y decir lo que uno ve se ha convertido en un acto de resistencia**. El auténtico periodismo no es solo una profesión: es un repositorio de verdad. Uno de los pocos que nos quedan. Y sobre él se sostiene, a duras penas, la democracia.

Por primera vez, Alexandro escucha a un adulto con verdadera atención.

—No lo había pensado así...

—Quizá porque nadie te lo había dicho. Pero te lo digo yo. —Hace una pausa. Luego señala el libro que Alex tiene entre las manos—. Las armas de algunos son espadas. Las de otros, palabras. Si decides seguir ese camino, tendrás que ser valiente. **Porque decir la verdad, a veces, es lo más peligroso. Pero también lo más necesario**. Hannah Arendt decía que no existen pensamientos peligrosos, que lo peligroso es pensar».

En el reino del caos

«—¿Conoces la doctrina del shock? [...] Naomi Klein lo explica de maravilla: el truco de Hermes es **provocar —o aprovechar— una buena catástrofe**. Una guerra, una pandemia, un atentado, una crisis financiera... cualquier cosa que sacuda al pueblo hasta dejarlo grogui. **Lo importante es que estén confundidos, aterrados, paralizados**.

Hace un gesto amplio con la garra, como quien despliega un tablero de ajedrez.

—Y justo en ese momento, llegan ellos: los tecnócratas, los salvapatrias, los genios del recorte. **Te hablan de reformas, pero lo que hacen es vender tu casa pieza por pieza**: privatizan la salud, la educación, la luz, el agua, el aire si los dejas. Recortan derechos y te lo venden como modernización...

Se reclina con un suspiro hondo y escupe con desprecio:

—**Hermes no es solo el dios de los mensajeros. También lo es de los comerciantes, los mentirosos... y los ladrones**. El caduceo no es un símbolo de paz. Es su licencia para robar».

«—**Roma cayó por exceso de democracia** —proclama Hermes—. Cuando todos hablan, nadie manda. Por eso Julio César hizo lo que había que hacer. ¡Y mira el resultado! Auge, poder, orden. Hasta los dioses respetaban al Imperio. La historia se repite, Alexandro. Siempre. **Primero la decadencia, luego el caos. Y del caos... nace el líder**. Estamos al borde del abismo. Se viene abajo todo: los valores, la economía, la identidad. Y cuando eso pasa, los hombres de verdad actúan. No piden permiso. No consultan. Actúan».

Descendiente de Sócrates

«—Alexandro, eres la esperanza de esta diosa —dice Atenea, con voz grave—. Mi hermano Ares ha confabulado para eliminar a Sócrates y provocar una crisis en Atenas que borraré la democracia de este mundo durante milenios. Solo tú puedes evitarlo.

—Con todos los respetos, señora... ¿qué narices tengo yo que ver con todo eso? —balbucea Alex, retrocediendo medio paso—. Yo no... no entiendo nada. No sé ni qué estoy haciendo aquí. Solo intento llegar vivo al final del día.

—Alexandro —retoma la diosa—, **eres el último descendiente vivo del divino Sócrates**. Necesito que viajes al pasado y lo salves del juicio que sellará su destino. Solo tú has nacido con la capacidad de lograrlo».

La puerta del espacio-tiempo

«—Zeus le encargó [a Hermes] ser el heraldo de los dioses y le entregó **el caduceo: una vara mágica con dos serpientes entrelazadas, que le permite viajar entre mundos, realidades y dimensiones**. Una especie de Google Maps interdimensional. Y adivina qué: **se lo vamos a robar**.

—¿Robárselo? ¿A un dios?

Atenea guarda silencio. Se limita a asentir con gravedad.

—El plan es sencillo: Hermes lleva años escondido en nuestra ciudad. Regenta una tienda de empeños en el barrio viejo.

[En medio de una pelea], las manos de Jason se cierran en torno al cuello de Alex. Demasiado tarde. O justo a tiempo. **El vórtice se traga a los tres en una fracción de segundo».**

Escenas atenienses

«—Bienvenidos al ágora. Aquí se cuece todo. Esto no es solo una plaza. Es una idea. Una forma de estar en el mundo».

«—O sea, que la política de aquí no es buen lugar para forrarse.

—Exacto —responde el *daemon*, orgulloso—. Atenas no paga con vil metal, sino con honor. Aquí los jóvenes no sueñan con vender su alma por seguidores, sino con comer en esa mesa y que sus nombres sean recordados por los hombres libres».

«Los griegos no concebían la verdad como algo que se tiene, sino como algo que se revela. Que alétheia no es lo verdadero, sino lo desvelado. Lo que deja de estar oculto. Explicaba que el prefijo “a” era una negación, y que “lethe” venía del olvido. Que decir “verdad” en griego era, literalmente, decir: “lo que no debe ser olvidado”».

«—Amo esta ciudad —dice el *daemon*, con una mano sobre el pecho—. La amo con la rabia de quien no fue amada por ella. Atenas me enseñó a pensar, pero no me dejó hablar. Me enseñó a admirar a Pericles, a Milcíades, a Sócrates... pero me negó el derecho de ser una más entre ellos.

Y con voz serena, concluye:

—No quise ser Penélope, esperando entre hilos. Quise ser Odiseo, trazando caminos. Y ahora, sin carne ni nombre, al fin puedo ser lo que nunca me dejaron: una voz libre».

«—¿Sabéis qué es lo mejor de este viaje? —dice Sócrates, deteniéndose un momento para ajustar la sandalia—. Que salimos juntos... pero no todos volveremos.

—¿Insinúas que alguno de nosotros morirá? —pregunta Alcibíades, fingiendo terror.

—No necesariamente —sonríe Sócrates—. A veces basta con que muera el que eras... para que empiece a nacer el que podrías ser».

«—Esta es la historia de un hijo cuyo destino era matar a su padre.

Jason se atraganta con su propia saliva. Lo mira, sorprendido y molesto.

—¿Qué? ¡Menuda barbaridad!

—No creo que sea una historia de bárbaros —responde Sócrates, con calma—. Más bien creo que Sófocles quiere invitarnos a meditar en algo más profundo: todos, en algún momento, tenemos que matar a nuestro padre. No con armas, claro. Hay un momento en la vida en que debemos dejar de ser hijos... para poder descubrir quiénes somos. Nuestra identidad no puede reducirse a ser «el hijo de». ¿No lo crees?

Jason no responde. Aprieta la piedra blanca en el bolsillo. Se aferra a ella como si naufragara en mar abierto».

«—El cuerpo, amigos, no se mide por su escultura, sino por su utilidad —explica Sócrates—. Mis pies son feos, pero me han traído hasta Delfos. Mi vientre no es de mármol,

pero digiere igual que el de Apolo. ¿Y este pecho? —dice dando una palmada en su torso flácido—. ¡Resiste el frío mejor que muchos mantos espartanos!».

«—No hay peor desorden que silenciar a quienes tienen algo que decir —replica Jantipa—. Y si la filosofía sirve para algo, es para enseñarnos a no pensar con el culo para no tener ideas de mierda. Gracias por tu visita, Jenofonte —añade, dándole un golpecito en el hombro—. Pero en esta casa, la conversación va a estar muy por encima de tus prejuicios [...]

Lo primero: esto no es una cena cualquiera. Es una ceremonia sagrada en honor a Dioniso. Comeremos, beberemos, pero, sobre todo, dialogaremos. Disfrutaremos del vino y hablaremos del amor, del alma, de la muerte, del universo... Eso sí, con una norma clara: el vino no está para emborracharse, sino para abrir la mente. Aquí no se bebe para olvidar, sino para recordar. Para recordar quiénes somos, de dónde venimos y hacia dónde vamos. Y eso, guapetón, se llama filosofía».

«—Es curioso esto del placer. Siempre va de la mano del dolor, como si no pudiera vivir sin él. Para obtener uno, hay que estar dispuesto a pasar por el otro».

El arresto de Sócrates

—¡Sócrates! Han presentado una denuncia formal contra ti.

—¿Una denuncia? ¿Quién? ¿Por qué? —pregunta Jantipa, poniéndose en pie de un salto [...].

—La ha registrado un tal Meleto, en nombre de Ánito y Licón. Te acusan de impiedad: de no reconocer a los dioses de la ciudad... y de introducir divinidades nuevas. Y también de corromper a los jóvenes [...].

—Esa denuncia no tiene recorrido. Es solo para amedrentarme. ¡Me acusan de introducir nuevos dioses y al mismo tiempo de no creer en ninguno! ¿En qué quedamos? ¡Ni siquiera se ponen de acuerdo en lo que odian de mí!

A Sócrates se le escapa una carcajada solitaria. Nadie de los presentes le acompaña.

—¡No es gracioso, Sócrates! —espeta Jantipa, dolid—. Te estás jugando la vida.

Sócrates la mira con ternura. Le toma las manos.

—La vida no se juega, Jantipa. La vida se piensa... y una vida que no se piensa, no merece ser vivida.

La verdad ha dejado de importar

—¿Sócrates va a morir? ¿Cómo sabéis eso? —pregunta Critón.

—Porque ya ha ocurrido —responde Alex—. Está escrito en los libros de historia. Vuestros nombres, vuestras decisiones, incluso este momento.

—¿Todo esto está escrito? —susurra Platón [al saber que los protagonistas vienen del futuro], como si la inspiración se encendiera en su interior.

—Sí —asiente Alex—. Lo conocemos todo. Sabemos que Sócrates será juzgado y condenado por un jurado popular. Que muchos de vosotros estaréis allí. Que Atenas lo obligará a beber la cicuta. Que morirá sin huir, por lealtad a sus principios. Y que su muerte marcará el inicio del fin.

—¿Del fin de qué? —pregunta Alcibíades, inquieto.

—De la democracia —interviene Alex—. El alma de esta ciudad. Tras la muerte de Sócrates, vendrán los demagogos. El miedo. El resentimiento. El imperio. El silencio... Nosotros venimos de un tiempo en el que todo eso está regresando. La sociedad está dividida. Todo el mundo grita, pero nadie escucha. Ya no se dialoga. Se insulta. Se cancela.

Hace una pausa. Un estremecimiento recorre al grupo. Luego, añade con amargura:

—La verdad ha dejado de importar. Lo justo, lo razonable... da igual. **Lo único que importa es tener razón, ganar discusiones, aplastar al que piensa diferente.** Aunque sea con mentiras. Aunque sea con odio. Aunque lo que esté en juego sea la libertad de todos.

«—En Atenas, la oratoria es más importante que la espada —dice Platón—. No basta con tener razón. Hay que saber decirla. Todo pasa por la palabra. Aquí, quien domina el logos, domina la *polis*».

«Los fanáticos no cambian de bando. Solo de bandera».

¡Indignaos, leche!

—¿Y eso? —pregunta Alex intrigado.

—El *cleroterion* —responde el *daemon*—. Una maravilla de la democracia radical. Ese bloque de piedra con ranuras y tubos sirve para decidir quién entra y quién no en el jurado. Esas tablillas son las *pinakia*. Se colocan en las ranuras por columnas, según la tribu. Luego, se hace rodar una bolita por el tubo lateral. Si cae blanca, se admiten los de esa fila. Si cae negra, se quedan fuera. Así de simple. Así de justo.

—Pues qué quieres que te diga —dice Jason con escepticismo—, a mí todo esto se me parece más al sorteo de la NFL que a un juicio.

—La justicia es mucho más imparcial cuando decide una bolita y no una cuenta *offshore*. La bolita evita que el poder se quede siempre en las mismas manos. Evita el *lawfare*. ¿Sabes lo que haría vuestra generación con este aparato? Lo vendería en Amazon como decoración vintage. ¿Y sabes por qué? Porque tenéis miedo. Miedo a ser libres de verdad. A asumir responsabilidades. ¡Que sean otros los que juzguen por mí, los que gobiernen por mí, los que piensen por mí! ¡Sois siervos voluntarios!

—Tampoco es eso, *daemon* —contesta Jason, sin mirarlo—. **No es que tengamos miedo... es que estamos hartos. ¿Para qué participar si todo está amañado desde el principio? La política no cree en nosotros. Y tú no apuestas por quien no apuesta por ti. Nadie nos escucha.**

—Jason tiene razón —interviene Alex—. No es cobardía. **Es hartazgo. Nos han enseñado a jugar en un tablero trucado. ¿Y ahora pretenden que confiemos en el juego?**

El *daemon* refunfuña, pero se queda pensando en lo que Jason y Alex acaban de decir.

—Entonces hablad más alto —dice al fin, más serio—. Participad donde duele. ¡Indignaos, leche!

El juicio

«Sócrates se vuelve ahora hacia los jueces, con voz firme:

—Atenienses, el delincuente aquí no soy yo. Es Meleto. Porque se toma a la ligera algo tan serio como la educación. Habla de ella sin saber. Ni se ha preocupado por los

jóvenes, ni se ha molestado en entender lo que significa enseñar. A mí me parece que otros hablan por su boca y que ni siquiera ha hecho el esfuerzo de aprenderse bien el guion».

«—Atenienses, Meleto, Ánito y Licón anuncian que están dispuestos a retirar los cargos si el acusado se compromete públicamente a pedir perdón, admitir el daño causado y renuncia a su «profesión de filósofo». Este tribunal acepta la propuesta. Queda en manos del acusado aceptarla... o no [...].

Sócrates se planta en el estrado. Mira a los jueces. Mira al público. Mira a sus amigos.

—Atenienses, os aprecio, de verdad, os respeto. Y por eso, precisamente, no voy a aceptar vuestra generosa oferta.

Un murmullo recorre las gradas.

—Sé que muchos de vosotros preferiríais que me callara, que aceptara el trato. Y me gustaría poder daros ese gusto. Pero, antes que al tribunal, tengo que obedecer a mi conciencia. No es que me guste llevar la contraria, ni que me falte cariño por esta ciudad. Pero no puedo traicionarme. Así que, aunque me cueste la vida, seguiré siendo quien soy. Y, mientras me quede aliento, mientras tenga fuerzas para hablar, no voy a dejar de filosofar y examinar a todo el que me encuentre [...]. Pienso seguir haciendo preguntas, aunque eso me cueste la vida. Con todos. Con los jóvenes y con los viejos. Con los de aquí y con los de fuera. Con los ricos y con los pobres. Porque esa es la misión a la que me comprometí.

Jason no entiende por qué ha rechazado el trato. Por qué ha decidido jugarse la vida. Pero hay una dignidad en sus palabras que lo desarma.

“Quizá la dignidad sea eso, vivir de tal manera que sea preferible perder la vida al modo en que se vive. **Atreverse a ser libre en un universo donde todo parece estar determinado. No se trata solo de cómo debemos actuar ante los demás, sino de cómo debemos actuar ante nosotros mismos.** No podemos ser invisibles ante nosotros mismos. Quizá sea mejor morir como Sócrates que vivir como muchos...”».

«—Os lo digo con total sinceridad: prefiero pasar la eternidad con esos muertos ilustres que seguir soportando a ciertos vivos que hoy se creen jueces de la virtud».

«—Atenienses. Os ruego que me concedáis una última voluntad: cuando mis hijos crezcan, si veis que empiezan a preocuparse más por ganar dinero que por ser buenas personas, si un día los veis creyéndose importantes sin haber hecho nada que los haga dignos, os pido que los castigéis. Como yo hice con vosotros. **Recordadles que una vida sin examen no merece la pena ser vivida**».

«—Pero esta condena no es justa.

—Si destruyo las leyes cuando me perjudican, ¿quién las apoyará cuando me protejan? He dedicado mis días a defender la polis, no puedo escapar de ella como un ladrón, ¿qué sentido habría tenido entonces mi vida? Dejadme morir como he vivido».

Palabra de Atenea

—En vuestro futuro —dice Atenea—, la democracia ha dejado paso a gobiernos autoritarios que han pervertido el concepto “libertad”. La razón no tiene poder, domina la fuerza, el miedo y el enfrentamiento permanente. La palabra ha sido sustituida por la propaganda.

Millones de personas solas en habitaciones iluminadas por pantallas, tecleando sin descanso, la cárcel invisible...

—Os habéis entregado a unas redes sociales que no sirven para pensar —explica Atenea—. Sirven para señalar, para destruir, para gritar más alto que el otro. El que duda, pierde. El que razona, aburre. El algoritmo premia la indignación, la polarización y la violencia. Las redes son campos de batalla culturales.

Un programa de televisión con gente que discute acaloradamente.

—**Los valores cívicos han sido sustituidos por la lógica de la guerra** —continúa la diosa—. Los ciudadanos se han convertido en soldados tribales. Cada colectivo está atrincherado en su identidad. Nadie escucha. Nadie se mueve. Nadie cede. La verdad... ha dejado de importar. Ya no se busca el bien común, sino el interés propio.

Una gran avenida. Una pantalla enorme, en lo alto de un edificio, proyecta de forma continua eslóganes: “Defiende tu verdad”. “Gana el relato”. “Solo importas tú”. “Consume”.

—**Las ciudades ya no son polis —dice Atenea—. Ya no son espacios comunes donde se delibera. Se han convertido en fortalezas del yo.** Han desaparecido los barrios, las plazas, los vínculos. Vivís juntos, pero estáis solos. La gente compra, opina y ama desde el sofá. Todo vínculo es sospechoso. Todo compromiso, una carga.

«—La democracia entrará en crisis. Atenea también me lo mostró. Pero esta vez, Ares no atacará desde fuera. No enviará tanques. No quemará urnas. No gritará “abajo la democracia”. No. **Ares entrará por la puerta principal.** Con traje, con sonrisa. Prometiendo orden, seguridad y arreglarlo todo con sentido común. **Partidos políticos usarán las propias reglas de la democracia para vaciarla desde dentro.** Legalmente. Paso a paso. Harán de la mentira su bandera. Del odio, una estrategia. De la libertad, una palabra hueca. Y todo con apariencia de legitimidad».

El adiós

«Sócrates los mira a todos y les dice:

—Vamos, amigos. ¿No os dais cuenta? No es el final.

Se inclina un poco hacia delante, como si confiara un secreto.

—Pensadlo así: **si el alma naciera y muriera junto con el cuerpo, la vida no sería más que un paréntesis entre dos vacíos.** Pero nada surge de la nada, y nada se desvanece sin dejar huella. Todo lo que muere nace de algo y todo lo que nace un día muere. El día se convierte en noche, el invierno en verano, la semilla en fruto... y el fruto en semilla. Vida y muerte son solo estaciones de un mismo viaje».

«—No permitas que mi partida se convierta en tu prisión. Vive, Jantipa. Vive por ti, por ellos y por nosotros».

PARA AMPLIAR INFORMACIÓN

Salvador Pulido | GABINETE COLABORADOR
647 393 183 | salvador@salvadorpulido.com

Laia Barreda | RESPONSABLE DE COMUNICACIÓN ÁREA DE ENSAYO
659 45 41 80 | laia.barreda@planeta.es

Ariel